

daba, guardando su honestidad y buen decoro de los amorosos pensamientos del señor Don Quijote. A lo que él respondió:

—Dulcinea se está entera, y mis pensamientos más firmes que nunca: las correspondencias en su sequedad antigua, su hermosura en la de una soez labradora transformada; y luego les fué contando punto por punto el encanto de la señora Dulcinea, y lo que le había sucedido en la cueva de Montesinos, con la orden que el sabio Merlin le había dado para desencantarla, que fué la de los azotes de Sancho.

Sumo fué el contento que los dos caballeros recibieron de oír contar á Don Quijote los extraños sucesos de su historia, y así quedaron admirados de sus diparates como del elegante modo con que los contaba.

Aquí le tenían por discreto, y allí se les deslizaba por mentecato, sin saber determinarse qué grado le darian entre la discreción y la locura. Acabó de cenar Sancho, y dejando hecho équis al ventero, se pasó á la estancia de su amo, y entrando, dijo:

—Que me maten, señores, si el autor deste libro que vuestras mercedes tienen, quiere que no comamos buenas migas juntos; yo querría, que ya que me llama comilón, como vuestras mercedes dicen, no me llamase también borracho.

—Si llama, dijo Don Jerónimo, pero no me acuerdo en qué manera, aunque sé que son mal sonantes las razones, y además mentirosas, según yo echo de ver en la fisonomía del buen Sancho que está presente.

—Créame vuestras mercedes, dijo Sancho, que el Sancho y el Don Quijote desta historia deben de ser otros que los que andan en aquella que compuso Cide Hamete Benengeli, que somos nosotros: mi amo valiente, discreto y enamorado; y yo simple, gracioso, y no comedor ni borracho.

—Yo así lo creo, dijo Don Juan, y si fuera posible se había de mandar que ninguno fuera osado á tratar de las cosas del gran Don Quijote, si no fuese Cide Hamete su primer autor, bien así como mandó Alejandro que ninguno fuese osado á retratarle sino Apeles.

—Retráteme el que quisiere, dijo Don Quijote, pero no me maltrate, que muchas veces suele caerse la paciencia cuando la cargan de injurias.

—Ninguna, dijo Don Juan, se le puede hacer al señor Don Quijote, de quien él no se pueda vengar, si no la repara en el escudo de su paciencia, que á mi parecer es fuerte y grande. En estas y otras pláticas se pasó gran parte la noche; y aunque Don Juan quisiera que Don Quijote leyera más del libro, por ver lo que disantaba, no lo pudieron acabar con él, diciendo que él lo daba por leído, y lo confirmaba por todo necio; y que no quería, si acaso llegase á noticia de su autor que le había tenido en sus manos, se alegrase con pensar que le había leído, pues de las cosas obscenas y torpes los pensamientos se han de apartar, cuanto más los ojos.

Preguntáronle que adónde llevaba determinado su viaje. Respondió que á Zaragoza á hallarse en las justas del arnés que en aquella ciudad suelen hacerse todos los años.

Dijole Don Juan que aquella nueva historia contaba cómo Don Quijote, sea quién se quisiere, se había hallado en ella en una sortija, falta de invención, pobra de letras, pobrísima de libreas, aunque rica en simplicidades.

—Por el mismo caso, respondió Don Quijote, no pondré los pies en Zaragoza; y así sacaré á la plaza del mundo la mentira dese historiador moderno, y echarán de ver las gentes como yo no soy el Don Quijote que él dice:

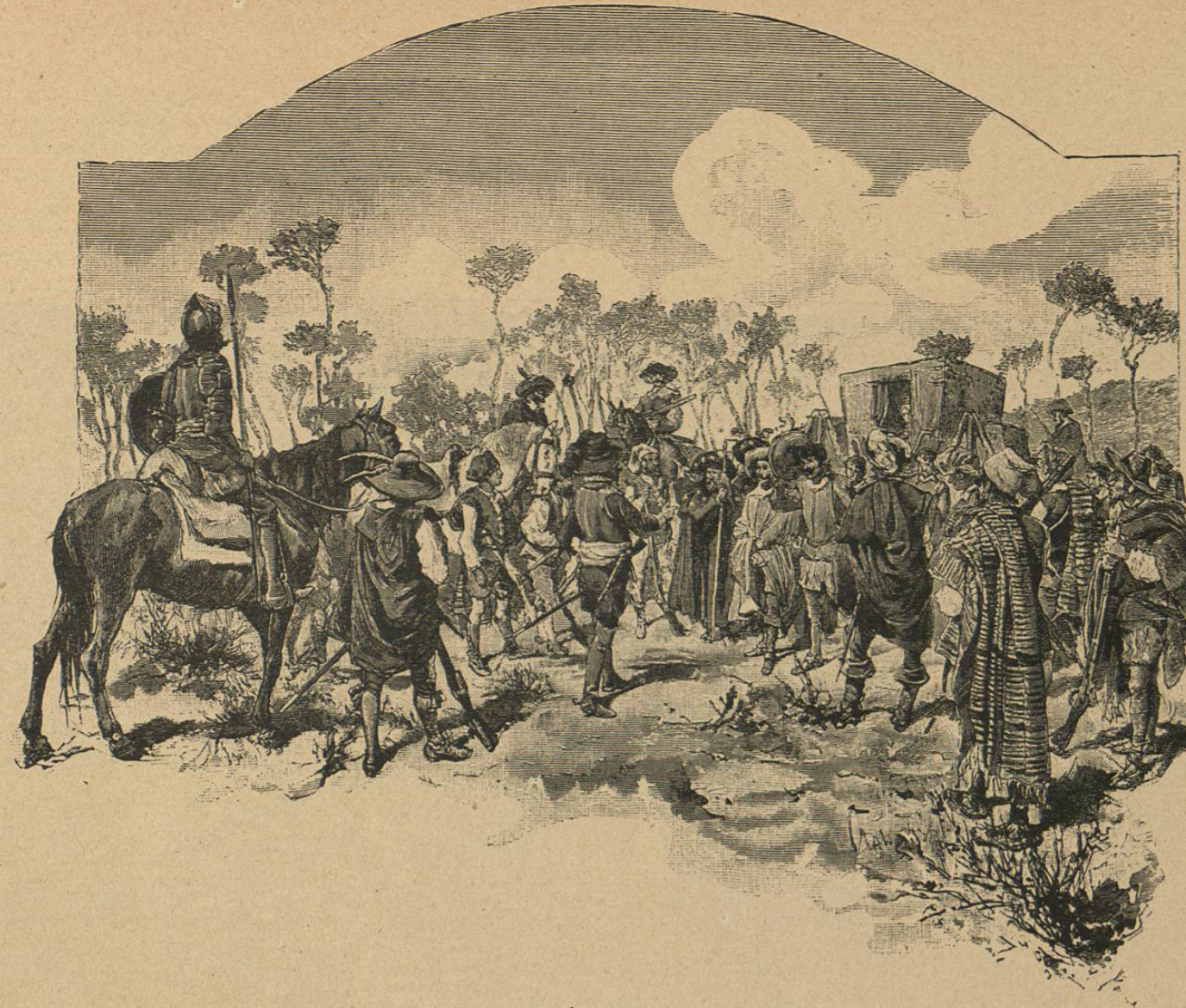
—Hará muy bien, dijo Don Jerónimo, y otras justas hay en Barcelona, donde podrá el señor Don Quijote mostrar su valor.

—Así lo pienso hacer, dijo Don Quijote, y vuestras mercedes me den licencia, pues ya es hora para irme al lecho, y me tengan y pongan en el número de sus mayores amigos y servidores.

—Y á mí también, dijo Sancho, quizá será bueno para algo.

Con esto se despidieron, y Don Quijote y Sancho se retiraron á su aposento, dejando á Don Juan y á Don Jerónimo admirados de ver la mezcla que había hecho de su discreción y de su locura, y verdaderamente creyeron que estos eran los verdaderos Don Quijote y Sancho, y no los que describía su autor aragonés.

Madrugó Don Quijote, y dando golpes al tabique del otro aposento, se despidió de sus huéspedes. Pagó Sancho al ventero magníficamente, y aconsejóle que alabase menos la provisión de su venta, ó la tuviese más proveída.



## CAPÍTULO LX.

De lo que sucedió á Don Quijote yendo á Barcelona.

ERA fresca la mañana, y daba muestras de serlo asimismo el día en que Don Quijote salió de la venta, informándose primero cuál era el más derecho camino para ir á Barcelona sin tocar en Zaragoza: tal era el deseo que tenía de sacar mentiroso á aquel nuevo historiador, que tanto decían que le vituperaba.

Sucedió, pues, que en más de seis días no le sucedió cosa digna de ponerse en escritura, al cabo de los cuales, yendo fuera de camino, le tomó la noche entre unas espesas encinas ó alcornoques, que en esto no guarda la puntualidad Cide Hamete que en otras cosas suele. Apeáronse de sus bestias amo y mozo, y acomodándose á los troncos de los árboles, Sancho, que había merendado aquel día, se dejó entrar de rondón por las puertas del sueño; pero Don Quijote, á quien develaban sus imaginaciones mucho más que la hambre, no podía pegar sus ojos, antes iba y venía con el pensamiento por mil géneros de lugares.

Ya le parecía hallarse en la cueva de Montesinos, ya ver brincar y subir sobre su pollina á la convertida en labradora Dulcinea, ya que le sonaban en los oídos las palabras del sabio Merlin, que le refería las condiciones y diligencias que se habían de hacer y tener en el desencanto de Dulcinea.

Desesperábase de ver la flojedad y caridad poca de Sancho su escudero, pues á lo que creía sólo cinco azotes se había dado, número desigual y pequeño para los infinitos que le faltaban, y desto recibió tanta pesadumbre y enojo, que hizo este discurso: Si nudo gordiano cortó el magno Alejandro, diciendo: tanto monta cortar como desatar, y no por eso dejó de ser universal señor de toda la Asia, ni más ni menos podría suceder ahora en el desencanto de Dulcinea, si yo azotase á Sancho á pesar suyo: que si la condición deste remedio está en que Sancho reciba los tres mil y tantos azotes, ¿qué se me dá á mí que se los dé él, ó que se los dé otro, pues la sustancia está en que él los reciba, lleguen por do llegaren?

Con esta imaginación se llegó á Sancho, habiendo primero tomado las riendas de Rocinante, y acomodándolas en modo que pudiese azotarle con ellas, comenzó á quitar las cintas, que es opinión que no tenía más que la delantera, en que se sustentaban los gregüescos; pero apenas hubo llegado, cuando Sancho despertó en todo su acuerdo, y dijo:

—¿Qué es esto? ¿quién me toca y desencinta?

—Yo soy, respondió Don Quijote, que vengo á suplir tus faltas y á remediar mis trabajos: véngote á azotar, Sancho, y á descargar en parte la deuda á que te obligaste. Dulcinea perece, tú vives en descuido, yo muero descansando, y así desátate por tu voluntad, que la mía es de darto en esta soledad por lo menos dos mil azotes.

—Eso no, dijo Sancho, vuesa merced se esté quedo, si no por Dios verdadero, que nos han de oír los sordos: los azotes á que yo me obligué han de ser voluntarios y no por fuerza, y ahora no tengo ganas de azotarme; basta que doy á vuesa merced mi palabra de vapularme y mosquearme cuando en voluntad me viniere.

—No hay dejarlo á tu cortesía, Sancho, dijo Don Quijote, porque eres duro de corazón, y aunque villano, blando de carnes; y así procuraba y pugnaba por desenlazarle.

Viendo lo cual Sancho Panza, se puso en pie, y arremetiendo á su amo, se abrazó con él á brazo partido, y echándole una zancadilla dió con él en el suelo boca arriba: púsole la rodilla derecha sobre el pecho, y con las manos le tenía las manos, de modo que ni le dejaba rodar ni alentar. Don Quijote le decía:

—¿Cómo, traidor, contra tu amo y señor natural te desmandas? ¿Con quien te da su pan te atreves?

—No quito rey ni pongo rey, respondió Sancho, sino ayúdome á mí, que soy mi señor: vuesa merced me prometa que se estará quedo y no tratará de azotarme por agora, que yo le dejaré libre y desembarazado; donde no,

Aquí morirás traidor,  
enemigo de doña Sancha.

Prometióselo Don Quijote, y juró por vida de sus pensamientos no tocarle en el pelo de la ropa, y que dejaría en toda su voluntad y albedrío, el azotarse cuando quisiese.

Levantóse Sancho, y desvióse de aquel lugar un buen espacio, y yendo á arrimarse á otro árbol, sintió que le tocaban en la cabeza, y alzando las manos topó con dos pies de persona con zapatos y calzas. Tembló de miedo, acudió á otro árbol, y sucedióle lo mismo: dió voces llamando á Don Quijote que le favoreciese. Hizolo así Don Quijote, y preguntándole qué le había sucedido, y de qué tenía miedo, le respondió Sancho, que todos aquellos árboles estaban llenos de pies y de piernas humanas. Tentólos Don Quijote, y cayó luego en la cuenta de lo que podía ser, y díjole á Sancho:

—No tienes de qué tener miedo, porque estos pies y piernas que tienes y no ves, sin duda son de algunos foragidos y bandoleros que en estos árboles están ahorcados, que por aquí los suele ahorcar la justicia cuando los coge, de veinte en veinte y de treinta en treinta, por donde me doy á entender que debo de estar cerca de Barcelona; y así era la verdad, como él lo había imaginado.

Al amanecer alzaron los ojos y vieron los racimos de aquellos árboles, que eran cuerpos de bandoleros. Ya en esto amanecía, y si



Sancho dió voces, llamando á Don Quijote que le favoreciese.

los muertos los habían espantado, no menos los atribularon más de cuarenta bandoleros vivos que de improviso les rodearon, diciéndoles en lengua catalana que estuviesen quedos, y se detuviesen hasta que llegase su capitán. Hallóse Don Quijote á pie, su caballo sin freno, su lanza arrimada á un árbol, y finalmente, sin defensa alguna, y así tuvo por bien de cruzar las manos, é inclinar la cabeza, guardándose para mejor sazón y coyuntura. Acudieron los bandoleros á espulgar al rucio, y á no dejarle ninguna cosa de cuantas en las alforjas y la maleta traía; y avinole bien á Sancho, que en una ventrera que tenía ceñida venían los escudos del duque y los que habían sacado de su tierra, y con todo eso aquella buena gente le escardara y le mirara hasta lo que entre el cuero y la carne tuviera escondido, si no llegara en aquella sazón su capitán, el cual mostró ser de edad hasta de treinta y cinco años, robusto, más que de mediana proporción, de mirar grave y color moreno.

Venía sobre un poderoso caballo, vestida la acerada cota, y con cuatro pistoletas, que en aquella tierra se llaman pedreñales, á sus lados. Vió que sus escuderos (que así se llaman á los que andan en aquel ejercicio) iban á despojar á Sancho Panza: mandóles que no lo hiciesen, y fué luego obedecido, y así se escapó la ventrera. Admiróle ver lanza arrimada al árbol, escudo en el suelo y á Don Quijote armado

y saltaembarca, con sombrero terciado á la walona, botas encerradas y justas, espuelas, daga y espada doradas, una escopeta pequeña en las manos y dos pistolas á los lados. Al ruido volvió Roque la cabeza, y vió esta hermosa figura, la cual en llegando á él, dijo:

—En tu busca venía, oh valeroso Roque, para hallar en ti, si no remedio á lo menos alivio en mi desdicha; y por no tenerte suspenso, porque sé que no me has conocido, quiero decirte quién soy: yo soy Claudia Jerónima, hija de Simón Forte, tu singular amigo, y enemigo particular de Clanquel Torrellas, que asimismo lo es tuyo, por ser uno de lo de tu contrario bando; y ya sabes que este Torrellas tiene un hijo, que Don Vicente Torrellas se llama, ó á lo menos se llamaba no há dos horas.

Este, pues, por abreviar el cuento de mi desventura, te diré en breves palabras la que me ha causado. Vióme, requebróme, escuchéme, enamoróme á hurto de mi padre; porque no hay mujer, por retirada que esté y recatada que sea, á quien no le sobre tiempo para poner en ejecución y efecto sus atropellados deseos. Finalmente, él me prometió ser mi esposo, y yo le di palabra de ser suya, sin que en obras pasásemos adelante: supé ayer que olvidado de lo que me debía se casaba con otra, y que esta mañana iba á desposarse de nueva que me turbó el sentido y acabó la paciencia, y por no estar mi padre en el lugar,



y pensativo, con la más triste y melancólica figura que pudiera formar la misma tristeza. Llegóse á él diciéndole:

—No estéis tan triste, buen hombre, porque no habéis caído en las manos de algún cruel Osiris, sino en las de Roque Guinart, que tienen más de compasivas que de rigurosas.

—No es mi tristeza, respondió Don Quijote, haber caído en tu poder, oh valeroso Roque, cuya fama no hay límites en la tierra que la encierren, sino por haber sido tal mi descuido que me hayan cogido tus soldados sin el freno, estando yo obligado, según la orden de la andante caballería que profeso, á vivir contino alerta, siendo á todas horas centinela de mí mismo: porque te hago saber, oh gran Roque, que si me hallaran sobre mi caballo, con mi lanza y con mi escudo, no les fuera muy fácil rendirme porque yo soy Don Quijote de la Mancha, aquel que de sus hazañas tiene lleno todo el orbe. Luego Roque Guinart conoció que la enfermedad de Don Quijote tocaba más en locura que en valentía, y aunque algunas veces le había oído nombrar, nunca tuvo por verdad sus hechos, ni se pudo persuadir á que semejante humor reinase en corazón de hombre; y holgóse en extremo de haberle encontrado para tocar de cerca lo que de lejos dél había oído, y así le dijo:

—Valeroso caballero, no os despechéis, ni tengáis á siniestra fortuna esta en que os halláis, que podría ser que en estos tropiezos vuestra torcida suerte se enderezase, que el cielo por extraños y nunca vistos rodeos, de los hombres no imaginados, suele levantar los caídos y enriquecer los pobres.

Ya le iba á dar las gracias Don Quijote cuando sintieron á sus espaldas un ruido como de tropel, de caballos, y no eran sino uno solo sobre el cual venía á toda furia un mancebo, al parecer de hasta veinte años, vestido de damaseo verde, con pasamanos de oro, gregüescos

le tuve yo de ponerme en el traje que ves, y apresurando el paso á este caballo alcancé á Don Vicente obra de una legua de aquí, y sin ponerme á dar quejas ni á oír disculpas le disparé esta escopeta, y por añadidura estas dos pistolas, y á lo que creo le debí de encerrar más de dos balas en el cuerpo, abriéndole puertas por donde envuelta en su sangre saliese mi honra.

Allí le dejó entre sus criados, que no osaron ni pudieron ponerse en su defensa: vengo á buscarte para que me pases á Francia, donde tengo parientes con quien viva, y asimismo á rogarte defensas á mi padre, porque los muchos de Don Vicente no se atrevan á tomar en él desaforada venganza. Roque, admirado de la gallardía, bizarria, buen talle y suceso de la hermosa Claudia, le dijo:

—Ven, señora, y vamos á ver si es muerto tu enemigo, que después veremos lo que más te importare. Don Quijote, que estaba escuchando atentamente lo que Claudia había dicho, y lo que Roque Guinart respondió, dijo:

—No tiene nadie para qué tomar trabajo en defender á esta señora, que lo tomo yo á mi cargo: dénme mi caballo y mis armas, y sepérenme aquí, que yo iré á buscar á ese caballero, y muerto ó vivo le haré cumplir la palabra prometida á tanta belleza.

—Nadie dude desto, dijo Sancho, porque mi señor tiene muy buena mano para casamentero, pues no há muchos días que hizo casar á otro que también negaba á otra doncella su palabra; y si no fuera porque los encantadores que le persiguen le mudaron su verdadera figura en la de un lacayo, esta fuera la hora que ya la tal doncella no lo fuera.

Roque, que atendía más á pensar en el suceso de la hermosa Claudia, que á las razones de amo y mozo, no las entendió, y mandando á sus escuderos que volviesen á Sancho todo cuanto le habían qui-